



ESCRITORES LATINOAMERICANOS EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX

Latin American Writers in the XXth Century Spain

CARMEN ALEMANY BAY

UNIVERSIDAD DE ALICANTE carmen.alemany@ua.es

Profesora de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Alicante, ha explorado distintas corrientes de la poesía latinoamericana contemporánea, con especial atención a las poéticas coloquiales y a la literatura escrita por mujeres. Entre sus libros recientes, destacan *Residencia en la poesía: poetas latinoamericanos del siglo XX* (2006), *La narrativa de la alteridad en América Latina (a partir del boom)* (2009) y *Miguel Hernández, el desafío de la escritura. El proceso de creación de la poesía hernandiana* (2013).

RECIBIDO: 13 DE ENERO DE 2017

ACEPTADO: 3 DE ABRIL DE 2017

RESUMEN: La presente investigación indaga en la influencia de algunos escritores latinoamericanos entre los intelectuales españoles a lo largo del siglo XX. Partimos de la presencia de Rubén Darío como primer renovador de las letras españolas y cómo, poco tiempo después, las estancias más o menos fluidas de escritores latinoamericanos en territorio español estimularán la literatura de este país. Nos referimos a Vicente Huidobro y posteriormente a la presencia de Pablo Neruda, César Vallejo y otros intelectuales durante la Guerra Civil española; sin olvidar la importancia de la polémica sobre el “meridiano intelectual” entre españoles y latinoamericanos. Tras la guerra, la relación entre los poetas españoles de la llamada “Generación del 50” y poetas representativos de la llamada poética coloquial fue patente. En los años sesenta, con la llegada del *boom*, se intensificarán las relaciones que finalmente desembocarán en el llamado *boomerang*.

PALABRAS CLAVE: Rubén Darío, Meridiano Intelectual, Neruda, Vallejo, Poética Coloquial, Boom, Boomerang.

ABSTRACT: This paper deals with the influence of some Latinamerican Writers had in some Spanish Intellectuals during the XXth Century. We start with the presence of Rubén Darío as the first renovator of Spanish letters and how the visits of latin american writers in Spain stimulated the development of literature in this country. We think about the influence that Vicente Huidobro, Pablo Neruda or César Vallejo had in Spanish literature during the Spanish Civil War, but also on the “meridiano intelectual” debate between Spanish and latin american writers. After the war, the relationship between the “Generation of 50” and the latin american colloquial poets was strong and meaningful. In the sixties, after the boom of latin american novel, that relationships became stronger and lead to the called boomerang effect.

KEYWORDS: Rubén Darío, Meridiano Intelectual, Neruda, Vallejo, Colloquial Poetics, Boom, Boomerang.

Alemany Bay, Carmen.

“Escritores latinoamericanos en la España del siglo XX”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 9 (Julio 2017): 65-82.

DOI: 10.7203/KAM.9.9544 ISSN: 2340-1869

Desde la llegada de Rubén Darío (1867-1916) a tierras españolas, la conciencia que se tenía de los escritores latinoamericanos cambió de forma considerable y, a partir de esos momentos, la intelectualidad española, poco a poco, tendrá que hablar con otros términos, al menos más igualitarios, al referirse a la literatura latinoamericana. Éste será sólo el comienzo de unos renovados lazos que se acrecentarán con la vanguardia, se incrementarán con el *boom* de la narrativa latinoamericana y se consolidarán con el último *boomerang*.

Cinco fueron las visitas prolongadas de Rubén Darío a España, y sobre todo las primeras sirvieron para afianzar la estética modernista en suelo español. La primera fue en 1892 para participar en los festejos del IV Centenario del Descubrimiento y el vate nicaragüense aprovechó su estancia en la capital madrileña para visitar las tertulias de Juan Valera y de Emilia Pardo Bazán e iniciar amistad con Gaspar Núñez de Arce y Ramón de Campoamor; es decir, con lo más granado de la literatura española de aquellos años. Fue recibido con respeto y aunque apenas se conocía su obra, se sabía de su prestigio literario; pero el conservadurismo literario español de muy finales del XIX no dejó en ningún momento de mirar de soslayo al nicaragüense.

A finales de 1898, Rubén Darío realiza su segundo viaje a la península como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires para cubrir la situación de penuria en la que había quedado España después de su derrota frente a los Estados Unidos, y ya sin colonias hispanoamericanas en su haber. En esta ocasión, su contacto con escritores e intelectuales españoles (Miguel de Unamuno, Marcelino Menéndez y Pelayo, Joaquín Costa y, entre los jóvenes, Valle-Inclán y Jacinto Benavente) será más destacable, y las relaciones con algunos de ellos darán como fruto la publicación en la capital de España de sus primeros libros; aunque los “paliques” de *Clarín* denunciasen el lenguaje no siempre purista del nicaragüense. Este viaje, sin duda, le abrirá las puertas para conocer otras ciudades europeas y residir algún tiempo en París, ciudad que conoció en 1893: “Yo soñaba con París desde niño, a punto de que, cuando hacía mis oraciones, rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra”, como nos dice en su *Autobiografía* (Darío 1950-53: 102).

Tras un periodo en la capital francesa, en donde convivirá con escritores e intelectuales hispanoamericanos como Enrique Gómez Carrillo, Manuel Ugarte, Amado Nervo y Rufino Blanco Bombona, regresará –en 1905– a España, se instalará en Madrid pero también recorrerá otras geografías españolas. Éste será un tiempo de reconocimientos y de admiraciones que vendrán a enfatizar el ya conocido mérito del autor de *Prosas profanas*. Sin embargo, la apreciación intelectual, que estuvo acompañada asimismo de muchas reservas, fue fruto de la labor y del trabajo previo de no pocos poetas e intelectuales españoles que supieron visionar la renovación poética que estaba llevando a cabo el escritor nicaragüense. A finales del XIX, en 1893, y teniendo como referencia sólo uno de los libros clave de Darío, *Azul*, el poeta Salvador Rueda, el que sería uno de los más fervorosos seguidores de la pluma del

nicaragüense, no dudó en calificarlo como “gran versificador, padre de la forma y maestro de la rima”. En el friso del cambio de siglo, un intelectual de la talla de Ramiro de Maeztu supo no sólo valorar la trascendencia que este movimiento iba a tener, sino también que quien lo estaba abanderando poéticamente era Rubén Darío; se lamentaba asimismo de algunos juicios que no exentos de arbitrariedad veían con recelo unas transformaciones poéticas que eran parejas a los crecientes cambios sociales. A estas manifestaciones se unirá Juan Ramón. Una de sus primeras alusiones a aquel que será el más idolatrado de sus poetas, tendrá lugar en la temprana fecha de 1900: “uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos y de los menos comprendidos y más injustamente atacados por enanos literarios [...] Aquí en España se han dicho las mayores atrocidades de este poeta singular, tan maravilloso y tan extraño en sus músicas íntimas y perfumadas” (1990: 166-167). Un año después, otro poeta, Manuel Machado, incidirá en lo ya señalado por parte de algunos poetas señeros: la miopía en la que vivían no pocos intelectuales españoles al no reconocer las innovaciones del lenguaje rubendariano.

En el bando de los reticentes se posicionó, de forma notable y por tanto destacada, Leopoldo Alas *Clarín*, quien nunca vio con buenos ojos ni la poesía modernista ni a su máximo exponente; sus razones, la destrucción de las bases por las que durante siglos se rigió la lengua española, fundamentalmente no acatar en su justa medida las normas gramaticales y la invención, desde su punto de vista innecesaria, de palabras. Desde las páginas del *Madrid cómico*, atacaba de este modo:

A bombo me resuena a mí no poco de lo que dicen de esas docenazas de poetas insignes americanos los críticos y viajeros literarios que por acá nos quieren unir con América por medio de un cable de rípios de aqueude y allende del Atlántico [...] Pues bien, el tal Rubén Darío no es más que un versificador sin juicio propio, como hay ciento, que tiene el *tic* de la imitación, y además escribe, por falta de estudio o sobra de presunción, sin respeto de la gramática ni de la lógica, y nunca dice nada entre dos platos. Eso es Rubén Darío en castellano viejo (Lozano, 1978: 10 y 32-33).

Incluso Miguel de Unamuno, con el que posteriormente Darío mantendrá una relación matizada por acercamientos y alejamientos, espetó que al nicaragüense “se le veían las plumas de indio debajo del sombrero”. No tardó demasiado en rectificar.

Con la aparición en una imprenta madrileña de *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, escritos entre 1902 y 1905, hasta los más antimodernistas se plegaron a la grandeza del mayor modernista de todos los tiempos. El libro, cuidado y revisado por Juan Ramón Jiménez, recogía composiciones que el nicaragüense había publicado en revistas, generalmente españolas, y fue el poeta andaluz quien se encargó de recopilarlas, ya que Rubén Darío en estas fechas no podía controlar su afición etílica. Tras la publicación del libro, uno de los más contundentes juicios vino de la mano de Pedro Henríquez Ureña para quien Rubén Darío “ejerce hoy tal verdadera y poderosa influencia en la literatura de España, que ha llegado a ser el poeta representativo de la juventud de nuestro idioma en este momento” (Lasarte, 1991: 233).

Tras numerosos intentos de curar su alcoholismo en tierras mallorquinas, isla en la que pasó no pocas temporadas allá por la segunda década del siglo XX, Rubén Darío morirá en su patria natal; desde España, Antonio Machado, escribirá el poema “A la muerte de Rubén Darío”:

Rubén Darío ha muerto en sus tierras de Oro,
esta nueva nos vino atravesando el mar.
Pongamos, españoles, en un severo mármol,
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan (1988: 598).

Estos versos eran la sentida respuesta a la muerte del nicaragüense, pero también a lo que Rubén Darío había afirmado del cantor de las tierras de Castilla unos años antes: “Antonio Machado es quizá el más intenso de todos. La música de su verso es la de un estoico. Sabe decir sus ensueños en frases hondas” (Darío, 1950-53: 414).

Con las visitas de Rubén Darío a España, la invasión latinoamericana o la primera llegada de los bárbaros¹, sólo fue el comienzo. Poco después de la muerte del nicaragüense, el chileno Vicente Huidobro (1893-1948), el creador del Creacionismo, tendrá a bien visitar España para mostrar y discutir su propuesta poética. Su paso por Madrid será determinante para la renovación poética; nuevamente, desde América Latina, aparece una voz poética que tambaleará los cimientos de la literatura española, de la poesía al menos. Su primer viaje a tierras ibéricas fue en 1918: la difusión de libros como *El espejo de agua* y *Horizon Carré*, así como la divulgación de sus ideas creacionistas, originarán el germen del futuro pero próximo movimiento ultraísta. El escritor chileno participará en las tertulias del Café Colonial en las que el sevillano Rafael Cansinos Assens reunía a jóvenes escritores y, como él mismo indicó tiempo después, la presencia del chileno en aquellos encuentros fue el revulsivo para que los escritores españoles se percatasen de las nuevas corrientes poéticas que habían empezado a instaurarse en Europa. Con estas palabras lo expresó Cansinos Assens:

el acontecimiento supremo del año literario que ahora acaba, lo constituye el tránsito por esta corte del joven poeta chileno Vicente Huidobro, que a mediados de estío llegó a nosotros, de regreso de París donde pudo ver las grandes cosas de la guerra y alcanzar las últimas evoluciones literarias. Pocas líneas en nuestra prensa señalaron la estancia del original cantor, que retraído y desdeñoso, sólo se comunicó con unos pocos para anunciarles sus primicias nuevas. Y, sin embargo, su venida a Madrid fue el único acontecimiento literario del año, porque con él pasaron por nuestro meridiano las últimas tendencias estéticas del extranjero; y él mismo asumía la representación de una de ellas, no la menos interesante, el creacionismo, cuya paternidad compartió allá en París con otro singular poeta, Pedro Reverdy (...) Huidobro nos traía primicias completamente nuevas, nombres nuevos, obras nuevas; un ultramodernismo (1927: 195-196).

¹ El apelativo de “bárbaros” lo tomamos del libro *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España, 1960-1981* de Joaquín Marco y Jordi Gracia.

Su estancia en España coincidió con la edición, en estas tierras, de cuatro libros fundamentales para la configuración del Creacionismo: *Poemas árticos*, *Ecuatorial*, *Tour Eiffel* y *Hallalí*. Sin embargo, y a pesar de la evidente novedad, la recepción crítica no fue tan entusiasta como la de los tertulianos del Café Colonial².

Los siguientes viajes de Vicente Huidobro a España no revestirán la misma importancia que tuvo el primero, aunque –y quizá debido a la llamativa personalidad del escritor– dejaron su huella. En 1919, procedente de Francia y camino de Chile, el poeta creacionista mantuvo viva la relación con los escritores del círculo de Cansinos y algunos de ellos tuvieron el privilegio de conocer, de primera mano, los esbozos de su obra cumbre, *Altazor*, que Huidobro estaba escribiendo en francés y con el provisional título de *Voyage en parachute* (Morales). Un año después el poeta chileno regresará a tierras ibéricas, pero las relaciones que antaño fueron de admiración y de devoción se trasformaron en rechazo. Los motivos de aquellos reveses podríamos canalizarlos en una entrevista que Pierre Reverdy concedió a Enrique Gómez Carrillo para *El Liberal* de Madrid. En sus palabras dejaba entrever que él era el único inventor del Creacionismo y acusaba al chileno de antedatar la *plquette* *El espejo de agua* (Buenos Aires, 1916), lo que generó un sinnúmero de discursos a favor y en contra del chileno (Morales)³. A partir de esos momentos, escritores de su círculo más próximo, como lo fue Guillermo de Torre, la cabeza más visible del ultraísmo español, no reparará en duras y continuadas críticas tal como dejó explicitado en *Historia de las literaturas de vanguardia*⁴.

² Los tres primeros libros fueron publicados por la editorial Pueyo de Madrid y *Hallalí* por ediciones Jesús López.

³ En la nota 16 de su artículo explica detalladamente los derroteros por los que anduvo esta polémica: “La entrevista de Enrique Gómez Carrillo se publica en *El Liberal* de Madrid el 30 de junio de 1920. A partir de esa fecha se tejerán distintas historias en torno a la antedatación y un sinnúmero de argumentos a favor y en contra que quedarán debidamente esclarecidos por René de Costa y Richard L. Admussen en el artículo ‘Huidobro, Reverdy y la edición príncipe de *El espejo de agua*’, donde se demuestra la existencia de un ejemplar facilitado por el poeta chileno Braulio Arenas, recopilador de las primeras *Obras Completas* (1964) de Huidobro (en las que aseguraba poseer esa primera edición). Más tarde, De Costa reforzaría su aseveración con la edición facsimilar del libro en un encarte de la revista *Peñalabra*, IV, 12, Torrelavega, España, 1974 (acompañada de una ‘Nota bibliográfica a la edición facsímil de *El espejo de agua*’, luego reproducida en el libro del propio De Costa *En pos de Huidobro*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1980). Como corolario a esta tan larga polémica, René de Costa insiste en su demostración en el artículo ‘Punto y aparte a una absurda polémica’, en *Texturas*, 8, Vitoria, 1998”.

⁴ Andrés Morales, en la nota 17, reproduce las siguientes palabras de Guillermo de Torre: “En cuanto al segundo punto, *la influencia del ismo huidobreano, cualquier observador objetivo del panorama literario en España hacia 1920 deberá reconocer que fue muy escasa*, al contrario de lo que opinan sin fundamento, sin datos probatorios, quienes pretenden hacer derivar todo de ahí. En primer término, por el motivo poderoso de que los libros del chileno, impresos en ediciones privadas, a cuenta del autor, circularon de modo limitadísimo, únicamente entre las personas a quien él se los entregó. De suerte que un influjo más ancho sólo hubiera podido producirse por capilaridad, o bien –según de hecho sucedió– de modo lateral, indirecto, a través de transcripciones y conversaciones; en último extremo, la difusión debióse en buena parte al revuelo suscitado por la aludida polémica. *En cualquier caso, tanto el conocimiento como el influjo de Huidobro quedaron diluidos, como uno más, entre otros que planeaban al comienzo del decenio de 1920* (Guillermo de Torre, *Historia de las literaturas de vanguardia*. Editorial Guadarrama. Madrid, 1974 (Tercera Edición), II, pp. 208-209)”. El texto en cursiva es de la autora del artículo.

Para el autor español, Vicente Huidobro se apoderó del ideario del ultraísmo, oscureciendo de este modo el movimiento que él encabezaba; sin embargo, a esas alturas, el ultraísmo aún carecía de un ideario programático. Será un poeta argentino, Jorge Luis Borges, quien pocos años después logre sistematizar los fines y propósitos del ultraísmo. Desde París, en enero de 1920, Vicente Huidobro escribirá a Guillermo de Torre para responderle a una carta previa; su respuesta, teniendo como referente todo lo acontecido, no tiene desperdicio:

Me pregunta Ud. por qué no escribo a España, y bien puesto que soy un hombre franco y leal debo decirle a Ud. la verdad ruda: porque estoy asqueado de la conducta de esos literatillos de vuestra tierra para conmigo y no quiero saber nada de lo que pase por allá. Creo que esto es bien simple y excepción [sic] hecha de Mauricio Bacarise [sic] y Ramón Prieto creo que la inmensa mayoría de los otros no son sino unos aprovechados arrivistas [sic] y unos bobos que desacreditan con sus confuciones [sic] y sus producciones ineptas la seriedad de algo que yo estoy obligado a defender más que nadie. Maldita mil veces la hora que pasé por España y os revelé parte de mi secreto tan querido y tan digno por su verdad y su pureza de mayor suerte y mayor respeto. Unos me han estropeado con la falsificación y la confución [sic] respecto a la poesía misma y los otros queriendo robarme lo que era mío para ponerlo en la cabeza de Apollinaire, de Reverdy o de cualquier otro imbécil (Huidobro).

Sí convendría aclarar en este punto que desde el año 1919 los ultraístas habían manifestado su interés por separarse de los lineamientos creacionistas, como queda explicitado en un texto de José Rivas Panedas publicado por la revista *Cervantes* y titulado “Protesto en nombre de Ultra”: “el *creacionismo*, es algo bien concreto, al menos una cosa muy concreta al lado de nuestro *Ultra*, que no nos cansaremos de repetir, que no es un dogma ni un modo. El *creacionismo* sí” (Morales).

Sin embargo, y a pesar de todos esos inconvenientes, la valía de la propuesta creacionista se hizo eco en uno de los más destacados integrantes del grupo poético del 27, Gerardo Diego (1896-1987). En los comienzos de los años 20 se iniciarán los primeros contactos epistolares entre ambos poetas; así lo recuerda el autor de la *Fábula de Equis y Zeda*:

Yo comencé a conocer la poesía de Huidobro en enero de 1919 -antes sólo algún fragmento aislado y referencias críticas de Cansinos- y en seguida tenía ya copiados sus últimos libros, que me prestó Eugenio Montes, fervoroso huidobrista de aquella hora. A Vicente después de cruzarnos algunas cartas (claro está que yo fui el primero en escribirle para manifestarle mi entusiasmo), le conocí personalmente en Madrid en el invierno de 1920-1921 (Morales).

Como efecto dominó, la influencia de Huidobro recaerá en otro escritor español, Juan Larrea (1895-1980), a quien Gerardo Diego convenció de la excelencia poética de la obra de Huidobro, y no son pocos los críticos que advertirán que la obra del bilbaíno empezó a poblarse de formas más creacionistas.

Tras estas amargas experiencias, Vicente Huidobro tardará algunos años en pisar nuevamente tierras españolas. Su presencia, como siempre, estará envuelta de polémica:

En los meses de enero y febrero de 1931 Huidobro reside una vez más en la capital de España. Asiste a recitales poéticos (entre los que cabe destacar *Poeta en Nueva York* realizado por Federico García Lorca), proyecta publicar nuevas revistas, polemiza con Luis Buñuel, se aleja de los escritores del grupo del 27 y publica dos de sus libros más importantes: *Altazor y Temblor de cielo* en dos casas editoriales de gran prestigio en el ámbito literario español (Morales).

Al igual que ocurrió en 1918, sus libros no merecerán mayor atención de la crítica. Sus últimas visitas a España serán durante la Guerra Civil española y su participación, al lado del bando republicano, será muy similar a la de muchos intelectuales de una y otra orilla del Atlántico: discursos, recitales en los frentes, entrevistas para medios internacionales, etc., sin olvidar su participación como representante de Chile en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en Valencia, en Madrid y posteriormente en París en 1937. Como botón de muestra del ímpetu que caracterizaba la personalidad de Vicente Huidobro citamos estas palabras de Andrés Morales: “incluso arenga a las tropas nacionalistas desde un coche blindado, mediante un altavoz, en los frentes de Madrid y Aragón instándoles a desertar del bando rebelde para ‘pasarse’ al republicano”.

Otros poetas latinoamericanos dejarán su huella en una España apocadamente vanguardista, uno de ellos será el joven de origen argentino Jorge Luis Borges:

Soy porteño: he nacido el mil novecientos en la parroquia de San Nicolás, la más antigua de la capital, al menos para mí. La época de la guerra la pasé en Ginebra, época sin salida, apretada, hecha de garúas y que recordaré siempre con algún odio. El diez y ocho fui a España. Allí colaboré en los comienzos del ultraísmo. El veintiuno regresé a la patria... (Vignale, 1927).

Cansinos Assens también recuerda el paso del poeta de *Fervor de Buenos Aires* por España, así como su colaboración en el movimiento ultra:

Jorge Luis Borges [...] pasó por entre nosotros como un nuevo Grimm, lleno de serenidad discreta y sonriente. Fino, ecuánime, con ardor de poeta sofrenado por una venturosa frigidez intelectual, con una cultura clásica de filólogos griegos y trovadores orientales que le aficionaba al pasado, haciéndole amar calepinos e infolios, sin menoscabo de las modernas maravillas, Jorge Luis Borges observaba, discutía cortésmente con sus camaradas juveniles y tomaba de la nueva lírica, llegada a nosotros en los libros de Huidobro, que por aquel entonces estaban perennemente abiertos sobre facistoles, la nueva lección de fuga y contrapunto con que al través de las edades se van remozando los eternos temas (1927: 280-281).

Sin duda, la actividad del joven Borges y su inteligencia dejaron deslumbrados a los ultraicos madrileños, así como a los ultraístas mallorquines (Jacobo Sureda, Juan Alomar y Fortunio Bonanova). Con los madrileños firmará varios manifiestos a favor del Ultra y a su llegada a Buenos Aires, en 1921, no dejará de comunicarse con sus colegas españoles, sobre todo con Guillermo de Torre. Sin embargo, ya en

tierras argentinas el poeta empezó a delinear otras formas ultraicas que se desviaban de las gestadas en tierras españolas para convertirse en el mejor poeta ultraísta de todos los tiempos. En el año 1923, en una carta dirigida a su amigo el poeta mallorquín Jacobo Sureda, Borges dirá palabras tan significativas y aleccionadoras como éstas:

Acerca de publicaciones, sabes que el efervescente Torre acaba de prodigar sus millaradas de esdrújulas en un libro de poemas rotulado *Hélices?* Ya te imaginarás la numerosidad de cachivaches: aviones, rieles, trolleys, hidroplanos, arcoiris, ascensores, signos del Zodíaco, semáforos... Yo me siento viejo, académico, apolillado, cuando me sucede un libro así (Borges, 1987: 80).

Algunos años después de la escritura de esta misiva, Jorge Luis Borges cambiará las directrices ultraístas por otros modos de escritura más acordes a los tiempos que se vivían en Argentina y al pensamiento del autor: de una poética de índole vanguardista pasará a otra de calado más nacionalista, el criollismo. Con este paso, el ultraísmo tanto en España como en Argentina ya pertenecía a una expresión poética del pasado.

En pleno período de efervescencia vanguardista en América Latina, uno de los mejores poetas de la historia, el peruano César Vallejo (1892-1938) abandonará su país a finales de 1923. Si bien su destino será Francia, y desde París y otras ciudades galas escribirá crónicas para *Mundial* y *Variedades* (1925-1930), o trabajará en “Les Grands Journaux Ibero-Américains” (1925-1926), nunca le será ajena su relación con España. Un vínculo que se nutría en tierras francesas con la amistad que estableció con Juan Larrea, con quien publicó en 1926 dos números de la revista *Favorables París Poemas*; pero que se ahondará, desde el punto de vista literario, con la edición de *Trilce* a manos de José Bergamín quien no escatimará en halagos hacia tan monumental obra. Desde el punto de vista político y humano, el autor de *Poemas humanos* participará activamente en favor de la República y antes del final de la guerra española, a la que cantó en *España, aparta de mí este cáliz*, fallecerá el 15 de abril de 1938, en París, como ya él mismo había vaticinado en sus versos:

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París –y no me corro-
talvez un jueves, como es hoy de otoño (1987: 134).

Su tristeza insondable, ni siquiera paliada por el fervor político, le hizo imaginar que moriría en otoño, y París le regaló la primavera para su muerte; ésta fue la única prebenda, ni siquiera le quitó la lluvia, quizá para no dejarlo como el mentiroso que no era. Louis Aragon, entre otros pocos amigos, posiblemente algún español, le despidieron en el cementerio de Montrouge.

Sin dejar de lado estos años de inmersión en la vanguardia, y coincidiendo con el momento de esplendor literario que la lengua española adquirió a ambos lados del Atlántico, algunos de sus más

significativos creadores y un buen número de notorios intelectuales participaron, durante el año 1927, en una sonada polémica sobre la ubicación del liderazgo literario en lengua española. Este debate fue conocido por el título provocador del artículo (que apareció sin firma pero cuyo autor fue Guillermo de Torre) que la desencadenó: la polémica del meridiano intelectual. La discusión fue también un reflejo intensísimo de las relaciones entre América Latina y España de aquella época. El artículo en cuestión, “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”, que fue publicado en la revista madrileña *La Gaceta Literaria*, obtuvo inmediatas respuestas desde el otro lado del Atlántico. La revista argentina *Martín Fierro* fue la primera en responder de forma airada, pero a ella le siguieron las montevidéanas *La Pluma* y *Cruz del Sur*, las cubanas *Revista de Avance* y *Orto*, o la mexicana *Ulises*; a estas manifestaciones se adhirieron relevantes personalidades del mundo intelectual como el peruano José Carlos Mariátegui y el cubano Alejo Carpentier, entre muchos otros.

La polémica no sólo se extendió en el mundo de habla hispana sino que la revista italiana *La Fiera Letteraria* también se hizo eco y se posicionó en este lance dialéctico. Con el avance de la polémica, otro periódico español del momento, *El Sol*, provocó que la cuestión del meridiano intelectual derivara hacia el controvertido papel de los nacionalismos. La polémica se dio por zanjada antes de la finalización de la década del veinte, pero en estos escritos entrecruzados quedó bien patente que el protagonismo que algunos intelectuales españoles querían seguir teniendo sobre América Latina era ya un lastre del pasado (Alemany, 1988).

En la década de los treinta, otro poeta latinoamericano convulsionará de nuevo la poesía española, Pablo Neruda (1904-1973). El chileno fue enviado a Barcelona en 1934 como agregado del consulado chileno pero muy pronto se trasladará a Madrid en donde vivirá una de las más plenas experiencias de su vida, como repitió a lo largo de su existencia. El poeta de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* se instalará en la llamada Casa de las Flores, un edificio del barrio de Argüelles, a las puertas de la Ciudad Universitaria, con la entonces su esposa M^a Antonieta Hagenaar y la hija de ambos, Malva Marina:

Mi casa era llamada la casa de las flores,
porque por todas partes
estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos (1999: 369).

Muy cerca de la casa vivían Federico García Lorca y Rafael Alberti, y también Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Luis Cernuda y Vicente Aleixandre. Miguel Hernández, más pobre, vivía más lejos, en los arrabales de Madrid. El grupo se reunía casi todos los días, sobre todo en la Cervecería de Correos, y allí comentaban sus creaciones y las de otros. La fuerza personal y poética de Neruda hará estragos entre los poetas del 27 y estos no tardaron en organizarle un homenaje en el mes de abril de 1934. El poeta

chileno, en la capital de España, dice sentirse como en su propia casa, y a iniciativa de Manuel Altola-guirre funda la revista literaria *Caballo Verde para la Poesía*, en cuyo primer número publicará “Sobre una poesía sin pureza”, un artículo-manifiesto en el que evidencia sus diferencias con el siempre puro Juan Ramón. Los poetas del 27 se debatirán entre esa impureza nerudiana, que se inmiscuía en sus poemas, especialmente en los de Miguel Hernández, y esa pureza poética que como clavo ardiendo imponía el autor de *Diario de un poeta recién casado*.

La llegada de la Guerra Civil española romperá estos juegos dialécticos que deben entenderse como minucias al lado de la catástrofe nacional. Pablo Neruda es retirado de su cargo consular en Madrid por haber participado en la defensa de la República y se trasladará a París donde frecuentará la casa de Rafael Alberti y entablará una estrecha relación con Alejo Carpentier y con los padres del surrealismo francés. Se le intenta expulsar de Francia por servir de correo entre la Unión Soviética y España, pero lo que hizo fue coordinar, bajo la dirección de André Malraux, el citado II Congreso Internacional de Escritores y en el que participaron escritores tan relevantes como Vicente Huidobro, César Vallejo, el cubano Nicolás Guillén y el mexicano Octavio Paz.

El final de la guerra tuvo, entre sus múltiples consecuencias, un exilio masivo de la cultura republicana a tierras americanas: Juan Gil-Albert, Max Aub, León Felipe, Ramón J. Sender, Ángel Crespo, Manuel Caballero Bonald, Joan Ferrater y un largo etcétera. Este desafío de la historia también trajo consigo alguna consecuencia positiva como fue vertebrar y difundir, tras muchos años de estancia en tierras latinoamericanas, una visión más certera de lo que era América Latina. No se olvide que en aquellos años de incultura civil, los libros de texto eran lo suficientemente iluminadores para hacernos una idea de la imagen que de América Latina quería darse en España: exaltación del idioma español, espíritu de cruzada, la América Latina católica, el día de la Hispanidad, indios con plumas que nada tenían que ver con los de Ecuador o con los mexicanos, y un tufillo a neocolonialismo que asfixiaba casi tanto como la vida cotidiana en la piel de toro.

Tras una lenta recuperación que abarcaría todos los ámbitos, a partir de los años cincuenta, poetas de ambas orillas mantendrán intercambios no sólo literarios sino también personales. Nos estamos refiriendo a las relaciones entre los poetas españoles de la “Generación del 50”, o denominada también “Generación del medio siglo” —Ángel González, Claudio Rodríguez, José Ángel Valente, Ángel Crespo, José Agustín Goytisolo, Carlos Sahagún, Jaime Gil de Biedma, entre otros—, con los llamados poetas coloquiales latinoamericanos: Mario Benedetti, Ernesto Cardenal, Jaime Sabines, Roberto Fernández Retamar, Jorge Enrique Adoum, Enrique Lihn, Juan Gelman, y algunos más. Como ya señaló Luis Antonio de Villena, “Las generaciones del 50 de uno y otro lado del océano tienen muchos puntos en

común” (1986:13)⁵; denominadores poéticos comunes que podríamos resumir en la presencia explícita del lector en el poema, la ruptura del lenguaje, el uso del humor y de la ironía, el uso de aforismos y sentencias, los juegos intertextuales, el uso de heterónimos y la inclusión de referencias más o menos culturalistas (Alemany, 1997: 71-150).

Las relaciones personales estuvieron marcadas fundamentalmente por la convivencia de poetas españoles y latinoamericanos en el madrileño Colegio Mayor de Guadalupe. De este modo lo explicó Manuel Caballero Bonald, quien junto con otros vivió esta experiencia:

El Colegio Mayor de Guadalupe era un colegio hispano-americano en teoría, pero donde residían españoles y donde convivieron en un momento determinado, aparte de José Agustín, Valente, Juan Goytisolo o Emilio Lledó y yo mismo, una serie de poetas hispanoamericanos desde Ernesto Cardenal a Carlos Martínez Rivas. Todos formamos de pronto –y estoy hablando de los años cuarenta y cincuenta, finales de los cuarenta más bien– como un grupo. Unos escribíamos, otros no, pero, de todas formas aquella convivencia produjo, de alguna manera una especie de unificación de objetivos (...) había una poética común que englobaba, de alguna forma, no sólo a los poetas de la “Generación del 50”, sino también a algunos poetas hispanoamericanos (Concha 23).

Como afirma Kiko Mora, “El Colegio de Guadalupe en Madrid y Casa de las Américas en La Habana fueron probablemente los centros donde pudo gestarse una mayor fluidez comunicativa entre ambas generaciones”; como resultado de estos intercambios se fomentarían, al mismo tiempo y posteriormente, el interés de España por América Latina y viceversa. Como sigue apuntando Mora, otras acciones contribuyeron a la mutua relación:

la acción de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* que dirigía Félix Grande, o los viajes por motivos editoriales de Carlos Barral y Juan Luis Panero. De ahí los artículos de J. Agustín Goytisolo sobre Vicente Huidobro en *Laye* y su *Antología de la poesía cubana*, además de prólogos a ediciones de obras de Lezama Lima o Borges; la concesión del Premio “Casa de las Américas” de poesía a Félix Grande en 1967 por su libro *Blanco Spirituals*, o la *Antología de la poesía colombiana*, las colaboraciones en la revista *Nueva Frontera* y los prólogos a libros de Paz y Rulfo de Juan Luis Panero (2002: 87).

Llegados los primeros años de los sesenta, de nuevo y casi sin notarlo, un nuevo asalto de los bárbaros. Comenzó con el llamado *boom* de la narrativa latinoamericana, y en el origen de este fenómeno tuvo bastante que ver la editorial española, barcelonesa, Seix Barral. A través de su premio literario dio a conocer a los que tiempo después serían lo más granado de la narrativa de allende. Todo empezó cuando el peruano Mario Vargas Llosa recibió el Premio Biblioteca Breve en 1962 por *La ciudad y los perros*, en

⁵ El poeta y crítico, en la página anterior, argumentaba que “Observada desde una óptica española (y en comparación con la nuestra, Brines, Rodríguez, Gil de Biedma) se trataría de una generación más abierta. Lo primero porque si uno de sus pies está en la tradición, la poesía cívica, y el eticismo, el otro está decididamente en un gusto (no estridente) por la novedad, el movimiento y la experimentación, también lingüística; datos que –en las coordenadas españolas– apuntan más a los novísimos o Generación del 70”.

1964 se lo concedieron a Guillermo Cabrera Infante por *Tres tristes tigres*, y en 1967 le sería adjudicado a Carlos Fuentes por *Cambio de piel*. España pasó a ser para estos y algunos otros narradores el enlace con países europeos. La internacionalización de la narrativa latinoamericana se agrandará con la publicación en 1967 de *Cien años de soledad*, la novela que tanto tiempo entusiasmó y encandiló al lector español; pero no sólo ésta, muchos otros títulos venidos de allende coparán las estanterías de las librerías y bibliotecas españolas.

La industria editorial, mucho más que la crítica, será la encargada de esta divulgación sin precedentes de la narrativa latinoamericana en España, y como puente para Europa. Sin embargo, este proceso se centró en muy pocas figuras como el colombiano Gabriel García Márquez, el argentino Julio Cortázar, el mexicano Carlos Fuentes, el peruano Mario Vargas Llosa y quizá, con menos intensidad, José Donoso. Muchos de ellos fijaron su residencia en España durante largo tiempo: el colombiano Gabriel García Márquez tuvo que abandonar su Colombia natal en 1955 por denunciar la corrupción del dictador Rojas Pinilla y deambulará por Roma, por París y recalará en Barcelona; el peruano Mario Vargas Llosa también vivió por algún tiempo la bohemia parisina y se instalará, al igual que Márquez, en la ciudad condal; el mexicano Carlos Fuentes recorrerá numerosos países por sus quehaceres diplomáticos y Europa, con tránsitos por España, será para él algo más que un punto de referencia. Las editoriales españolas, con los narradores al alcance de la mano, comenzarán a promocionar las obras de otros modos más agresivos en pro del aumento de la venta de libros.

La fecunda producción editorial contribuyó asimismo a la recuperación de autores y obras olvidadas, muchas de ellas consideradas en América Latina como heterodoxas, marginales o rechazables por la preceptiva académica tradicional, y que los narradores más jóvenes reivindicaron como obras maestras.

La narrativa latinoamericana pasó a ser la referencia de la literatura escrita en español. Las innovadoras técnicas narrativas utilizadas por estos escritores, y desarrolladas gracias a la influencia de la mejor narrativa europea y norteamericana, dejaron pronto su huella en la estancada narrativa española de aquellos años. Andrés Amorós, recién comenzada la década de los setenta, en su *Introducción a la novela hispanoamericana actual* afirmaba:

la novela hispanoamericana actual está hoy a la cabeza de la narrativa universal y sería un grave error tener que esperar cien años para reconocerlo, como tantas veces sucede. En conjunto, y salvando las debidas excepciones (Cela, Delibes, los exiliados...), no admite comparación con la novela española. No es de extrañar, por tanto, que ejerza hoy una enorme -y creciente- influencia sobre los nuevos narradores españoles (1971: 24).

Y así de contundente se mostrará el citado crítico en la conclusión de su estudio: “En el actual momento de expansión e inseguridad de la novela española, creo que la narrativa hispanoamericana puede servirnos de ejemplo y modelo mucho mejor que la francesa e inglesa” (1971: 179). Esa misma

idea será compartida por otro crítico español, Joaquín Marco, quien en *Nueva literatura en España y América* abordaba varios aspectos de la crisis de la novela en España:

La realidad es que la novela se halla en una crisis absoluta, principalmente la novela europea e incluso la norteamericana. Y los novelistas latinoamericanos son una breve excepción. En la polémica se han fundido varios temas: el de la función de la novela, el de la posición de la literatura ante la sociedad española, el del lenguaje, el de la influencia de los novelistas latinoamericanos entre nosotros y al revés, el del papel de la imaginación en la creación narrativa, el del “realismo”, el del “realismo crítico”, el de la esencia de la novela, el del editor, el del público, el de la crítica y, naturalmente, el de ser de derechas o de izquierdas (1972: 78).

En páginas posteriores afirmará que “durante 1971, salvo excepciones, no se ha planteado la rivalidad práctica entre novela latinoamericana (novela del *boom*, como algunos prefieren llamarla) y la novela española. Ésta se ha rendido sin condiciones” (1972: 92). El mismo crítico, en “Literatura latinoamericana en España: tres calas históricas” de su *Literatura hispanoamericana: del modernismo a nuestros días*, insistirá nuevamente en la primacía de la novela latinoamericana de los sesenta respecto a la española:

Los novelistas españoles no imitaron la nueva novela latinoamericana. Tampoco sería justo decir que el vendaval pasó sin dejar huellas. El aprecio por la imaginación, el afán por el descubrimiento de un lenguaje creativo, el cuidado de la estructura, la valoración de lo nuevo que la novela latinoamericana comportaba, vinieron a influir, acelerándolo, el proceso que cada escritor llevaba en sí, en su obra (1987: 41).

Sin embargo, no toda la crítica española fue tan receptiva como en los ejemplos expuestos, ni tampoco los narradores españoles fueron tan explícitos a la hora de remarcar esta influencia. Baste revisar el libro *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España, 1960-1981*, editado por Joaquín Marco y Jordi Gracia, para darse cuenta de las reticencias e incluso las polémicas que generaron esa invasión de los bárbaros; pero no cabe duda de que los lectores europeos, y especialmente los españoles, se entusiasmaron con aquellas historias llegadas de allende de los mares, en concreto aquellas que se originaron desde el llamado realismo mágico. En otra aportación más reciente, Eduardo Becerra apuntaba que “los ecos” de la narrativa del *boom* no sólo dejaron su impronta en los narradores españoles de los sesenta y setenta, sino también en otros más recientes:

Sería absurdo negar que los ecos de esa irrupción no se han dejado de notar dentro de la narrativa española, y por supuesto también de la hispanoamericana, en las décadas posteriores: títulos como *La saga/fuga de J. B.*, de Torrente Ballester, y *Mazurca para dos muertos*, de Camilo José Cela, donde nos encontramos inmersos en escenarios de ficción de rango mítico y ancestral y que continúan en propuestas como las de algunas obras de José María Merino, Julio Llamazares y la fantápolis de Celama de la reciente trilogía de Luis Mateo Díez; las presencias de Onetti en Luis Landero y Antonio Muñoz Molina, o de Borges en Carlos Cañeque, o de ciertos ecos cortazarianos en la obra de Juan José Millás lo ilustran (Becerra, 2004: 154).

Pasados aquellos años, los nuevos narradores latinoamericanos de los noventa pregonarán que algunos de sus abuelos literarios –los narradores de los sesenta–, dieron una imagen falsa de la verdadera América, y pondrán en su punto de mira al Premio Nobel de literatura Gabriel García Márquez. Lo cierto es que el público lector de estas latitudes prefirió esa imagen, quizá más superficial, que les hablaba de una América repleta de maravilla y de hechos que, partiendo de la realidad, se resolvían en situaciones imaginarias que pareciera que sólo eran posibles en América Latina.

Tras el esplendor de los sesenta, la situación política y social, pero también la literaria, cambió a comienzos de la década de los setenta cuando brutales dictaduras se instalaron en los países del Río de la Plata y la inestabilidad política y económica será el denominador común en toda América Latina. El escritor argentino David Viñas apuntó, al comparar la década de los sesenta con la de los setenta, que de la “euforia de los 60” se pasó a “la depresión de los 70”, para después afirmar “del bum desembocamos en el *crash*” (Viñas, 1981: 15). Estas palabras de Viñas hacen referencia a la situación política de América Latina pero también al cambio que se produjo en la narrativa; no fueron pocos los escritores que tuvieron que exiliarse (Mario Benedetti, Cristina Peri Rossi, Daniel Moyano, Antonio Di Benedetto y un larguísimo etc. se instalarán en España) y, por supuesto, en sus ficciones no fueron ajenos a esta situación de *crash* que era evidente en todos los países latinoamericanos.

La narrativa siguió ofreciendo, a pesar de insostenibles situaciones, notables narradores; pero sus historias, cargadas de amargura, de desaparecidos y de seres resignados ya no emocionaban tanto al público español, lo que provocó el consecuente despegue de las editoriales. En el fondo de esta situación que estamos relatando aparece otra de índole económica y, específicamente, editorial. En Latinoamérica se produjo en la década de los setenta un mayor robustecimiento de las multinacionales del libro –muchas de origen español– que se nutrían de la crisis en las que habían caído las pequeñas y medianas editoriales. El sistema de ventas se concentró en ventas masivas a domicilio, o en tiradas espectaculares que se podían adquirir en kioscos, en supermercados o en las grandes superficies (Rama, 1981: 68); pero de este sistema sólo se beneficiaron los narradores consagrados de los sesenta. Si hiciéramos caso de lo que en las décadas de los setenta y los ochenta aparecía en las librerías españolas podríamos llegar a creer que la narrativa latinoamericana había desaparecido como si de un conjuro propio del realismo mágico se tratara: sólo los que por razones políticas, o no, estaban instalados en España o en Europa lograban dar a conocer algunos de sus libros; o bien, aquellos que seguían manteniendo la visión de una América mágica como la chilena Isabel Allende.

La década de los noventa comenzará con una fecha fetiche, 1992, y la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América. Asistimos ya a un mundo globalizado en el que la narrativa ha ganado totalmente partida a otros géneros: del *boom* se pasará al *boomerang*.

La situación política, social y económica de los años sesenta y la de los años noventa, desde luego, no era la misma ni en América Latina ni en España; pero en el terreno literario, la recepción de la

narrativa de ambas décadas tiene bastantes paralelismos. Se produce un nuevo florecimiento de la narrativa latinoamericana en España: editoriales como Alfaguara, Planeta o Lengua de Trapo, sin olvidar la mítica Seix-Barral, acuden a narradores latinoamericanos para llenar sus catálogos de novedades; se convocan premios en los que, al igual que en los sesenta, los hispanoamericanos se llevan casi la mejor parte. Por poner algunos ejemplos, dos premios Herralde los ganaron hace unos años el peruano Jaime Bayly y el chileno Roberto Bolaño; el Premio Internacional Alfaguara de Novela ha recaído en la mexicana Elena Poniatowska con *La piel del cielo* y, anteriormente, en la primera convocatoria (1998), en el cubano Eliseo Alberto y en el nicaragüense Sergio Ramírez. El remunerado premio Planeta, en sus últimas ediciones, ha tenido como finalistas a la cubana Zoe Valdés, a la chilena Marcela Serrano o al peruano Jaime Bayly; y como ganadores al peruano Alfredo Bryce Echenique y al chileno Antonio Skármeta. También han recibido mención en premios españoles otros escritores hispanoamericanos más jóvenes, y por tanto más desconocidos, como el chileno Patricio Riveros Olavarría, el colombiano Juan Gabriel Vásquez, el costarricense Carlos Cortés o el venezolano Juan Carlos Méndez Guédez.

La explicación de este resurgimiento puede que esté en las siguientes palabras de Eduardo Becerra: “En algunas de estas políticas de los sellos literarios peninsulares se ha intentado hacer explícito un esfuerzo por unir o al menos acercar lo más posible las narrativas de ambas áreas culturales” (Becerra, 2004: 160), lo que supone la puesta en práctica de lo que Carlos Fuentes denominó “Territorio de La Mancha” y que “constituye el intento más reciente de formular una imagen unitaria de las letras hispánicas” (Becerra, 2004: 155). Lo cierto es que la narrativa que actualmente se produce en ambas orillas tiene notables puntos en común. Las líneas temáticas más frecuentadas son muy similares: realismo fragmentado y alimentado por la cultura de masas (referencias a la televisión, al cine, y en los últimos años a internet), nueva novela histórica, novela negra, ciencia ficción etc.; asimismo, la relectura de la tradición, las relaciones intertextuales, la parodia y la ironía serán las técnicas formales más usuales, aunque esto mismo podría decirse de la narrativa que se produce en muchos de los países occidentales, y es que la globalización nos iguala en algunas cosas.

En un intento de conocer los nuevos valores de la narrativa, Lengua de Trapo publicó en 1999 *Líneas aéreas*, un volumen en el que se incluyen setenta relatos de setenta autores de veinte países americanos. El volumen supera ampliamente a otro intento, el de *McOndo*, en el que se le ofrecía al lector español y al latinoamericano una muestra de narradores jóvenes, dieciocho, de ocho países de habla hispana, entre ellos España.

Lo cierto es que la manera de introducirse en el mercado español no ha variado mucho de la de sus abuelos del *boom*: algunos han decidido vivir en España o residir temporalmente en ella (el ecuatoriano Leonardo Valencia, el mexicano Jorge Volpi, los peruanos Fernando Iwasaki y Jorge Eduardo Benavides, el chileno Carlos Franz, la colombiana Consuelo Triviño, etc.); otros colaboran o han colaborado en revistas españolas, como la boliviana Erika Bruzonic o el uruguayo Gabriel Peveroni, que es coeditor de

Zona de obras; muchos de ellos publican asiduamente en España, como los argentinos Rodrigo Fresán o Martín Rejtman, el cubano Ronaldo Menéndez, el uruguayo Daniel Mella, la peruana Patricia de Souza. La sensación es que sólo los que tienen la posibilidad de viajar con cierta frecuencia al continente europeo, o tienen la facilidad de meterse en los *mass media* de este mundo globalizado —término igualitario que crea desigualdades—, logran ser conocidos fuera de su país. Nuevamente, la imagen literaria que se tiene desde España de América Latina es la imagen que nos dictan los grandes poderes fácticos que se mueven sin ser notados.

La presencia de escritores latinoamericanos en España a lo largo del siglo XX ha supuesto, como decíamos al comienzo, la estabilización y consolidación de unos lazos literarios que sin duda han contribuido a una retroalimentación necesaria; porque como apuntó en alguna ocasión Carlos Fuentes, “formamos entre todos el universo transatlántico de la lengua”.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEMANY Bay, Carmen (1997). *Poética coloquial hispanoamericana*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- ALEMANY Bay, Carmen (1998). *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927). Estudio y textos*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- AMORÓS, Andrés (1971). *Introducción a la novela hispanoamericana actual*. Madrid: Ediciones Anaya.
- BECERRA, Eduardo (1999). *Líneas aéreas*. Madrid: Lengua de Trapo.
- BECERRA, Eduardo (2004). “Visita al territorio de La Mancha”. *En cuarentena: nuevos narradores y críticos a principios del siglo XXI*. (Antonio Orejudo, coord.) Murcia: Publicaciones de la Universidad de Murcia: 151-163.
- BORGES, Jorge Luis (1987). *Cartas de juventud (1921-1922)*. Madrid: Editorial Orígenes.
- CANSINOS ASSENS, Rafael (1927). *La nueva literatura: la evolución de la poesía (1917-1927)*. Madrid: V.H. de Sanz Calleja.
- CRUCHAGA SANTA MARÍA, Ángel. “**Conversando con Vicente Huidobro**”. *El Mercurio* (31/08/1919).
- DARÍO, Rubén (1950-1953). *Autobiografía. Obras completas. Tomo I*. Madrid: Afrodísio Aguado.
- FUGUET, Alberto y Sergio GÓMEZ (1996). *McOndo*. Santiago de Chile: Grijalbo/ Mondadori.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor. “El estado de la cuestión: encuentros con el 50. La voz poética de una generación”. *Ínsula* 494 (1988): 21-25.
- HUIDOBRO, Vicente. *Cartas*.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1990). *Mi Rubén Darío*. Moguer: Fundación Juan Ramón Jiménez.
- LASARTE, Javier (1991). *Pedro Henríquez Ureña: del ensayo crítico a la Historia Literaria*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- LOZANO, Carlos (1978). *La influencia de Rubén Darío en España*. León (Nicaragua): Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua.
- MACHADO, Antonio (1988). *Poesías completas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- MORA, Kiko. “Corrientes submarinas. Las poéticas del 50 española e hispanoamericana (o viceversa)”. *América sin nombre. Relaciones entre la literatura española e hispanoamericana* 3 (2002): 79-88.
- MORALES, Andrés. “**Huidobro en España**”. *Cyberhumanitatis*.
- MARCO, Joaquín (1972). *Nueva literatura en España y América*. Barcelona: Editorial Lumen.
- MARCO, Joaquín (1987). *Literatura hispanoamericana: del modernismo a nuestros días*. Madrid: Espasa-Calpe.
- MARCO, Joaquín y Jordi GRACIA (2004). *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España, 1960-1981*. Barcelona: Edhasa.

- NERUDA, Pablo (1999). *Obras Completas* (De *Crepusculario* a *Las uvas y el viento*). Tomo I. Barcelona: Círculo de Lectores/ Galaxia Gutenberg.
- RAMA, Ángel (1981). “El *boom* en perspectiva”. *Más allá del boom: literatura y mercado*. México: Marcha editores: 51-110.
- USLAR PIETRI, Arturo (1986). *Godos, insurgentes y visionarios*. Barcelona: Seix-Barral.
- VALLEJO, César (1987). *Poemas humanos. España, aparta de mí este cáliz*. Francisco Martínez García, editor. Madrid: Castalia.
- VIGNALE, P. J. y César TIEMPO. “Algunas páginas de la *Exposición de la actual poesía argentina*”. *Martín Fierro* 39 (28/03/1927).
- VILLENA, Luis Antonio de (1986). “Prólogo”. *José Emilio Pacheco. Poesía*. Madrid: Júcar: 7-90.
- VIÑAS, David (1981). “Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa hispanoamericana”. *Más allá del boom: literatura y mercado*. México: Marcha editores: 13-50.